

Sylvia Pauner

Lo que pudimos ser y otros dramas





Lo que pudimos ser y otros dramas
© 2025, Sylvia Pauner

© 2026, Editorial del Nuevo Extremo S.L.
Rosellón, 186, 5º- 4º, 08008-Barcelona, España
Tel (34) 930 000 865
e-mail: info@dnxlibros.com
www.dnxlibros.es

Diseño e ilustración de cubierta: Laia Tinaut (@venusfolk)
Rotulación de portada: Alicia Borja
Edición: Iguazel Serón
Mapa y logo del campamento: Iguazel Serón

Primera edición: septiembre de 2026

ISBN: 978-84-19467-86-7
Depósito legal: B 14872-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Sylvia Pauner

Lo que pudimos ser y otros dramas

dN Young Adult

A los que piensan que el pasado siempre fue mejor:
no es el tiempo, son las personas.

PLANO CAMPAMENTO WHITE YARROW





1. Cabañas
2. Pista de tenis
3. Campo de fútbol
4. Campo de *lacrosse*
5. Campo de golf
6. Establos
7. Aulas de arte
8. Aulas de música
9. Duchas
10. Zona de hogueras
11. Punto de Supervivencia
12. Zona de acampada
13. Deportes acuáticos
14. Zona de escalada y tirolina
15. Campo de tiro
16. Aulas de repaso
17. Estudio de danza
18. Teatro
19. Pabellón
20. Comedor
21. *Parking*
22. Beakend

PRÓLOGO



El espacio entre bambalinas está cargado de una electricidad contagiosa que llena el ambiente, una especie de caos organizado donde cada ficha encaja en su lugar correcto, como una máquina perfectamente engrasada. Apenas faltan unos minutos para que dé comienzo el concierto y decenas de personas corren de arriba para abajo ultimando cada detalle. Todas parecen tener cosas que hacer: pasar algún cable, recolocar aquel foco, comprobar ese micrófono… Todas menos yo. Según mi mánager, mi única función en este momento es conectar conmigo mismo, encontrar la calma y fluir. En sus propias palabras: «Tu talento hará el resto».

Talento, ¿qué es eso exactamente? La gente dice que es un don innato, pero en mi experiencia, de nada sirve si esa semilla no se cultiva con dedicación y esfuerzo. Y no hablo de ponerle ganas, no, sino de arañar minutos al reloj, de renunciar a horas de sueño y a tantas otras cosas de las que disfrutaba en mi vida anterior y que ahora sería imposible retomar. Y, sin embargo, no puedo quejarme, ¿verdad? Muchos matarían por estar donde estoy yo ahora: en la cumbre de la pirámide social. Tengo todo lo que quiero: me dedico a lo que me apasiona, gano tanto dinero que no podría gastarlo en toda una vida, poseo reconocimiento, fama e incluso amor. Entonces, ¿por qué me siento tan solo?

Un chico, cargado hasta los topes de maletas, aparece por el pasillo.

—¿Sabes por dónde se va al camerino de Devon Carter? —me pregunta. Oculto una sonrisa, no sabe que aquel por el que pregunta soy yo. Sin embargo, no me da tiempo a contestar porque una de las asistentes de vestuario sale al paso apresuradamente.

—¿Necesitas ayuda? Te echaré una mano e iremos más rápido. Lucy está que echa chispas, ya pensaba que no llegarían los cambios de vestuario a tiempo. —Jen, que así se llama la chica, clava sus ojos castaños en los míos, reparando en mi presencia—. ¡Ah, hola, Devon! ¡Rómpete una pierna! Nos vemos en el primer cambio.

Y desaparece con el chico a la zaga, que no deja de mirarme, sumando dos más dos, hasta que gira la esquina y me pierde de vista. No me muevo de mi posición inicial. De repente, me he quedado paralizado.

Verano del 2002

—¿Necesitas ayuda?

Una cabeza rubia aparece detrás de una pila de maletas. Sus ojos castaños, casi negros, me miran como los de un cervatillo asustado durante un segundo, antes de que su nariz respingona se arrugue en un gesto de hastío, destacando el bonito lunar en la mejilla derecha.

—Ya era hora de que acudiera un botones. ¿Por qué no estáis a pie de *parking*? Mi chófer tenía demasiada prisa por marcharse y es imposible transportar todo esto por este estúpido terreno —me recrimina indignada, señalando el camino de tierra.

—No soy ningún botones, solo una persona a la que no le importa ayudar cuando ve a alguien que lo necesita. Y tú parecías necesitarlo —no puedo evitar añadir.

Intento ser educado, aunque esta pija rubia me lo está poniendo muy difícil. ¿Qué esperaba? ¿Un hotel de cinco estrellas y una alfombra roja bajo sus pies para darle la bienvenida? Sin embargo, me muerdo la lengua y no digo nada. La jefa lo dejó muy claro en la reunión que tuvimos ayer con todo el *staff*: debemos llevar a

nuestros clientes entre algodones. No estamos tratando con cualquiera, en el Campamento White Yarrow solo se acepta a la *crème de la crème*.

—Pero trabajas aquí, ¿no? —insiste la chica, señalando la camiseta de mi uniforme.

—Pues sí, pero…

—Entonces no me hagas perder más el tiempo y lleva todo esto a mi cabaña —me ordena a la vez que la veo alejarse y sacudir su móvil en el aire, desesperada.

Aunque me apetece patearle ese trasero de niña consentida, me dan aún más ganas de reírme en su cara y gritarle: «¡Buena suerte si esperas que aquí te funcione ese cacharro!».

Estamos en plena naturaleza y en el pueblo más cercano, donde vivo, casi nadie tiene teléfono móvil. Ha pasado de ser un artilugio exclusivo de empresarios a extenderse prácticamente a toda la población, pero, por suerte, las modas tardan en llegar a Beakend, y la cobertura también.



—Devon, sales en cinco minutos —me indica un operador, rompiendo mi ensoñación.

Vuelvo a la realidad. ¿Por qué me he acordado justo ahora de algo que ocurrió hace más de diez años? Sacudo la cabeza. Escribir esa canción me ha hecho remover el pasado. ¿Quién iba a pensar que se convertiría en un éxito instantáneo?

Tomo una gran bocanada de aire y la expulso despacio. Mi público me espera y no pienso defraudarlo.

CAPÍTULO 1



Un pitido estridente me despierta en mitad de la noche.

—¡Zoey! ¿Qué narices es eso? ¡Ve a mirar!

Me responde el silencio, solo roto por el sonido cada vez más insistente.

—¡Maddox! ¿Dónde narices se ha metido Zoey? Ese ruido me está dando dolor de cabeza.

Alargo el brazo para zarandear a mi novio, que tiene un sueño de lo más profundo, pero en lugar de encontrarse con su espalda musculosa, este cae lacio sobre el colchón, vacío a mi lado.

«¡Mierda!».

La realidad me golpea con brusquedad y, ya despejada, recuerdo que estoy sola. Completamente sola. Más sola que nunca en toda mi vida.

«Eso no es cierto, Cece. Tienes amigos», replica una vocecita en mi cabeza.

Bufo.

—¿Amigos? Más bien compañeros de trabajo. Y seguro que solo siguen a mi lado porque les doy pena.

«Hasta tú sabes que eso no es cierto».

Estoy discutiendo conmigo misma de nuevo. Patético. No se puede caer más bajo.

Me calzo con rabia y bajo al piso inferior de mi dúplex de lujo, persiguiendo el ruido infernal que parece haberse propuesto taladrarme los oídos. Me lleva hasta la cocina, donde me espera el desastre.

Al ver el charco enorme de agua enjabonada en el suelo, lo recuerdo: se supone que había programado la lavadora para tender antes de irme al trabajo, pero está claro que no lo he hecho bien. Me precipito sobre la máquina, tocando todos los botones a la desesperada para apagarla, con tal mala suerte que resbalo y me caigo de culo.

—¡Su puta madre! —exclamo.

Si mis padres me oyeran hablar así, se llevarían las manos a la cabeza. Aunque pensándolo mejor… ¡Que les den! ¡Que les jodan a todos!

Mi vida entera ha girado en torno a sus decisiones; siempre he sido la niña modelo que agachaba la cabeza e intentaba complacerlos en todo. Estudié la carrera que querían, me comprometí con mi novio de toda la vida, hijo de una familia de su entorno social, y antes de cumplir veintiséis años ya tenía casa y negocio propio y estaba planeando una boda de ensueño. Al menos hasta que Maddox decidió ponerme los cuernos con Zoey, nuestra asistenta. Lo eché de casa de inmediato, pero mi madre, lejos de consolarme, me echó la culpa de todo. Y todavía lo hace.

—Si hubieras pasado más tiempo en casa, él no habría tenido la necesidad de buscarse a otra —me recriminó un día.

—Tengo un negocio que atender, y lo sabes —repliqué.

—¿Dirigir una academia de baile? Por favor, ¡es un hobby *ridículo! Te lo he dicho mil veces. Deberías haber aprovechado tu graduado para convertirte en diseñadora de interiores. Hubieras podido trabajar desde casa y, quién sabe, igual te habrías hecho hasta famosa. Últimamente están muy de moda esos programas de reformas… De hecho, todavía podrías hacerlo, papá tiene contactos en la televisión, puede hacer unas llamadas y…*

—¿Te has planteado alguna vez que quizá me guste bailar? —la interrumpí.

—Te apuntamos a ballet de niña porque nos pareció lo más adecuado, pero reconoce que, si hubieras sido buena de verdad, ahora estarías actuando en una compañía internacional, no dando clases en una academia de segunda. La hija de Astrid, por ejemplo, es tan buena violinista que la han llamado para formar parte de la Filarmónica de Nueva York. ¿Lo sabías?

—¡Eso no es justo! No puedes compararme con otras todo el tiempo, cada uno tiene sus circunstancias y, además, aunque te parezca imposible, disfruto dando clases.

—Y mira a dónde te ha llevado.

—¡Mamá! ¡Vete! No quiero seguir hablando contigo.

—De acuerdo, como quieras. De todas maneras, solo he venido a traerte esas cajas que estaban en el armario de tu antiguo cuarto, ya sabes que quiero transformarlo en mi nueva sala de pilates y necesito espacio. Podría haberlas tirado a la basura, pero, con toda la bondad de mi corazón, he pensado que quizá querrías hacer una selección. Y resulta que llego aquí y me encuentro con tus reproches, en lugar de con un agradecimiento. Me cuesta reconocer en ti a la hija que crie, ella nunca habría dejado que Maddox…

—¡Suficiente! ¡Fuera de mi casa! Y es mi última palabra.

Mi madre se enderezó, muy digna, dio una vuelta al chal de seda que le rodeaba el cuello y desapareció de mi vista.

Para cuando termino de limpiar todo el desastre de la lavadora, estoy convencida de que no podré volver a dormirme, así que, en lugar de regresar a la cama, poso la mirada en las cajas que siguen amontonadas junto a la puerta. No tengo ganas de bucear en los recuerdos ahora mismo, de enfrentarme a aquella niña soñadora que quería comerse el mundo. Así que, en su lugar, las aparto una a una y las traslado a la alacena de debajo de la escalera.

Me encaramo sobre una silla para alcanzar los estantes más altos, pero la caja que sujeto por encima de la cabeza se tuerce en un ángulo imposible, cae de sopetón y no me golpea por un pelo. A ella le acompañan unas cuantas más, como en un efecto dominó, y tengo que hacer grandes esfuerzos por no perder el equilibrio y caerme tras ellas.

Todavía con el corazón acelerado, bajo la vista hacia el estropicio que he causado: papeles y otros enseres están desperdigados por todas partes. Frustrada por la terrible noche que me ha tocado vivir, respiro hondo buscando una calma que estoy lejos de sentir. Me dispongo a guardar todo de nuevo cuando un papel me llama la atención. Lo observo con detalle y retrocedo diez años en el tiempo, a mis tiernos dieciséis.

Verano del 2002

—¡Madre mía! ¿Es que no van a dejarnos respirar ni un segundo? ¡Se supone que estamos de vacaciones! —exclamo indignada al ver el papel con el programa de actividades para las próximas cuatro semanas.

—¿Primer año? —me pregunta una morena de larguísimo cabello sedoso con la que voy a compartir litera.

«¡Litera! ¿Va en serio?».

La chica alza una de sus finas cejas perfectamente depiladas a la vez que frunce los labios, cubiertos de un *gloss* pegajoso. Después se presenta.

—Soy Violet Sanders y este es mi tercer año aquí, y Kennedy lleva viniendo incluso más años que yo —me indica, señalando a la adolescente de bucles dorados que tenemos delante y que anda ocupada en deshacer su equipaje con soltura. La chica, que masca chicle con la boca abierta, se gira y me tiende la mano. Tiene una curiosa hendidura entre las dos palas.

—¡Bienvenida al Campamento White Yarrow! No te preocupes, seguro que lo vas a pasar genial. Respecto al programa, no es para tanto, también tenemos nuestros ratos libres, pero te prometo que todas las actividades molan mogollón —asegura.

—Claro, solo tienes que elegir lo que más te guste y marcarlo donde te dan opciones. ¿Ves? Es sencillo.

Violet señala el papel que tengo entre las manos, pero a mí me sigue abrumando. Se supone que tendría que estar pasando un verano maravilloso en Los Hamptons, como hacemos siempre por vacaciones. Pero no, este año mis padres han decidido irse de viaje por Europa sin mí y mi abuela afirma que no piensa asumir la custodia, por temporal que sea, de una «adolescente hormonada». Así que ella está sola en nuestra magnífica mansión a pie de playa mientras a mí me han mandado a este campamento de chicas perdido en medio de la nada.

—¿Te apuntas a Tiro con arco conmigo? Dicen que es un pasote —dice la cuarta integrante de nuestra cabaña. La purpurina de las decenas de pincitas de colores que le adornan el corto pelo castaño brilla, reflejándose en sus gafas de montura metálica,

que apenas le ocultan los enormes ojos azules—. Soy Wilhelmina Hoover, por cierto, pero podéis llamarme Minnie. Primer año también, ¿y tú eres?

—Cecelia, pero podéis llamarme Cece —contesto.



Minnie. ¡Cómo la recuerdo! Fue mi mejor amiga en el escaso tiempo que pasé en ese campamento. Por suerte o por desgracia, nunca llegué a completar mi estancia de cuatro semanas.

Me quedo mirando la hoja, incapaz de devolverla a la caja junto al resto de recuerdos de aquel extraño verano. La mano me tiembla mientras observo cómo señalé en rosa las actividades que finalmente escogí. Sonrío. La Cece del pasado tenía toda la razón: ¡Qué manera de explotar a una chavala en su tiempo libre!

Campamento White Yarrow (verano 2002)

<table>
<tr><th></th><th>Lunes, y miércoles y viernes*</th><th>Martes y jueves</th><th>Viernes</th><th>Sábado</th><th>Domingo</th></tr>
<tr><td>7:00 - 7:30</td><td colspan="5">FITNESS OPCIONAL</td></tr>
<tr><td>7:30 - 8:00</td><td colspan="5">TIMBRE DE BUENOS DÍAS: media hora para levantarse, asearse, etc.</td></tr>
<tr><td>8:00 - 8:30</td><td colspan="5">DESAYUNO</td></tr>
<tr><td>9:15 - 10:00</td><td>DEPORTES DE EQUIPO: A elegir entre: tenis, fútbol o lacrosse</td><td>AIRE LIBRE: A elegir entre: Cuerdas (escalada/tirolina) o arco</td><td rowspan="3">*Consultar horario de lunes, miércoles y viernes.</td><td rowspan="3">CLASES DE REPASO DE LA ESCUELA / INSTITUTO: Se irán variando las materias para abarcarlas todas</td><td rowspan="3">TALLERES VARIADOS</td></tr>
<tr><td>10:15 - 11:00</td><td>DEPORTES ACUÁTICOS: A elegir entre: vela, paddle, surf o remo</td><td>AIRE LIBRE: Supervivencia y naturaleza</td></tr>
<tr><td>11:15 - 12:00</td><td>ARTES: A elegir entre: Danza (clásica o moderna), teatro (actuar o diseñar) o música (canto o instrumento)</td><td>AIRE LIBRE: A elegir entre: Senderismo o yoga.</td></tr>
<tr><td>12:30 - 1:15 PM</td><td colspan="5">COMIDA (15 minutos para recoger)</td></tr>
<tr><td>1:30 - 2:30</td><td colspan="5">TIEMPO DE DESCANSO</td></tr>
<tr><td>2:30 - 3:15</td><td colspan="2">MANUALIDADES: A elegir entre: Dibujo y pintura o Vidrio y barro (*excepto viernes)</td><td rowspan="2">TIEMPO LIBRE: Reunión clubes de estudiantes: debate, lectura, etc.</td><td rowspan="2">TIEMPO LIBRE (cuando no se programe alguna actividad grupal)</td><td rowspan="2">TIEMPO LIBRE: Día perfecto para realizar las tareas del repaso de la escuela / instituto</td></tr>
<tr><td>3:30 - 4:15</td><td colspan="2">OTRAS ACTIVIDADES: A elegir entre: Equitación, golf o natación (*excepto viernes)</td></tr>
</table>

4:15 – 5:45	TIEMPO LIBRE: Duchas, recoger coladas y descanso.
5:45 – 6:30	CENA (15 minutos para recoger)
6:45 – 7:15	REUNIONES POR GRUPO DE EDAD
7:15 – 9:30	TIEMPO LIBRE EXCEPTO CUANDO SE ORGANICEN ACTIVIDADES NOCTURNAS GRUPALES
9:30	Timbre de «Buenas noches»: toque de queda

Me sorprende la nostalgia que me invade el corazón al terminar de leer el programa. Fue una experiencia que siempre he intentado desterrar de mi cabeza y se podría decir que lo había logrado… hasta ahora. De repente, una llama que creía extinguida se prende en mi interior, pero trago saliva y la apago mentalmente. El pasado no se puede cambiar, sería más provechoso para mi futuro que me centrara en reconducir mi presente.

«¿Tú crees?», insinúa mi voz interior.

—¡Uf, cállate! —me digo a mí misma, y devuelvo el papel a su caja.

CAPÍTULO 2



Pese a no haber dormido nada, me encuentro de un humor excelente y hasta doy los buenos días al conserje de mi edificio cuando bajo a la calle para afrontar un nuevo día. El hombre, un anciano de pobladas cejas cuyo nombre no consigo recordar a pesar de llevar toda la vida aquí, me mira desconcertado, pero me devuelve el gesto y le sonrío. ¡Ni yo misma me creo que todavía sea capaz de hacerlo! ¿Habrá tenido algo que ver el papel que encontré anoche?

—¡Cuidado que quemo! —aviso, empujando con el cuerpo la puerta del estudio de danza veinte minutos más tarde.

—¿Has traído café para todos? —pregunta Cora al tiempo que despega los ojos, delineados con una gruesa capa de lápiz negro, de los papeles que está leyendo. Como si no creyera lo que estos ven, se aparta de un manotazo los espesos rizos castaños que enmarcan su rostro en forma de corazón—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?

—Para todos no, solo para Micah, para ti y para mí. Tiene clase de claqué ahora, ¿no?

Cora y Micah son algo más que mis trabajadores favoritos, son mis únicos amigos en la ciudad.

«Ahora sí los llamas "amigos", ¿eh?».

Pongo los ojos en blanco, ignorando a mi voz interior.

—Sí, Micah anda por ahí adentro y, por cierto, ya era hora de que cambiaras la cara —señala—. Aunque ya sabes que lo siento por ti, me alegro de que te hayas deshecho de ese cabrón por fin.

—Cora…

—¿Qué? Es la verdad, no dejes que la educación sexista que recibiste en casa te nuble el juicio. Pensaba que ya habíamos superado esa fase. Está bien culpar a Zoey, pero no es la única villana, en realidad, tu exnovio es peor. ¡Estaba a punto de casarse contigo, joder! Qué mínimo que mostrar respeto.

—Como haría cualquier persona decente que no sea considerada escoria —apunta Micah. Asoma la cabeza por una de las puertas del estudio y se acerca haciendo mucho ruido con sus zapatos de claqué—. Aunque bueno, todos los de vuestra clase suelen serlo. No te ofendas, linda, tú eres la excepción —añade, apartándose un sudado mechón de ensortijado pelo negro que le cubre uno de sus ojos azul clarito. Siempre pienso que parecen agua en estado sólido, pues es un experto en miradas glaciales. Espóiler: es todo fachada. Detrás de ellos se esconde un tierno cachorrito que no duda en defender a su manada cuando hace falta.

—Uy, si la hubieras conocido hace un par de años no sé yo si dirías lo mismo: era tan estirada que cualquiera hubiera dicho que se había tragado un palo de escoba. Por suerte, su cerebro cortocircuitó en algún momento —replica Cora.

—¿Hola? Sigo aquí. ¿Queréis un café o se lo doy a cualquier otro trabajador que respete más a la persona que le paga?

—Lo siento, guapa. Ya sabes que te queremos —se disculpa Cora, levantándose y dándome tal abrazo que hace que los cafés se balanceen peligrosamente. Por suerte, Micah acude al rescate.

Mis amigos pueden resultar demasiado sinceros a veces, pero he aprendido a quererlos y creo que es recíproco, a juzgar por las veces que me lo dicen. Aunque Cora tiene razón: al principio no manteníamos una relación de igual a igual. Cuando has recibido la educación clasista que yo bebí en mi casa, cuesta enfrentarse a la realidad de a pie. Y, aunque he cambiado mucho desde entonces, aún hoy me cuesta a veces.

Yo solía ser una persona bastante difícil de tratar, pero, cuanto más se hundía mi vida, mejor iba mi relación con Cora. Sus padres son psicólogos y me ayudaron muchísimo a superar la traumática ruptura. También me dieron una dosis de realidad, haciéndome ver que el mundo en el que me había criado era un

espejismo. Fue entonces cuando las cosas empezaron a cambiar de verdad y, aunque todavía no me he recuperado del todo, ¡por mis muertos que voy a hacerlo!

«¿En serio has dicho eso? ¿Tú? —pregunta mi voz interior—. Definitivamente, todo se pega, hasta la forma de hablar».

—Hablando de pasar página, ¿tienes algo que hacer este finde? —pregunta Cora.

—Sí, se supone que sí, ¿por?

—Porque Micah y yo hemos hecho planes para el sábado: ¡Nos vamos de concierto! Hemos encontrado un chollazo en la reventa, ¿te apuntas?

—Mmm, no sé yo. Esa música que escucháis vosotros me da dolor de cabeza.

—¡Será divertido! —asegura Micah—. Y te vendrá bien. Además, ¿qué otra cosa tienes que hacer?

—Había pensado en pasar la tarde en el *spa*, necesito relajarme.

—Pero es un concierto de…

Un mensajero que acaba de entrar en el edificio interrumpe a Micah.

—Buenos días, estoy buscando al señor Hughes.

—¡Señorita! —lo corrige mi amiga, indignada.

—¿En qué puedo ayudarle? —intervengo al mismo tiempo, intentando imprimir autoridad a mi tono de voz.

—Soy funcionario de cobro de impuestos del IRS y vengo a reclamar la deuda que…

¡Lo que me faltaba! Un recaudador hostigando a MIS trabajadores en MI local. He oído hablar de la gente de su calaña: acosadores que persiguen a sus deudores cual buitre a la carroña. ¡No pienso consentir que ese mentecato siembre su semilla del mal en mi negocio!

«Buen adjetivo, muy fino», apunta mi voz interior. Salvo que ahora mismo me apetece ser de todo menos fina.

—¿Y cuál es tu problema, necio? —le espeto, olvidándome de formalismos y sintiéndome un poco dentro de una película de calidad cuestionable.

«Mejor adjetivo aún», se regocija la voz.

—Yo… —el mensajero intenta replicarme, pero no lo dejo continuar.

—Dinero. Eso es lo que quieres, ¿no? Pues indícame la cantidad y pírate de mi estudio.

—¡Cece, no! —Cora se acerca apurada a mí—. Puedo pagarlo, te lo juro. Estamos a fin de mes, vamos a cobrar pronto y…

Levanto la mano en dirección a Cora con un gesto que dice «silencio». A continuación, saco mi billetera y solvento el problema a golpe de cheque, invitando al «vampiro» a largarse. Cuando me giro, mi amiga me mira con los ojos llenos de lágrimas y esta vez me toca a mí envolverla en un tierno abrazo. De hecho, tanto Micah como yo lo hacemos, modo sándwich, contagiándonos de sus lloros. No soy la única que ha pasado por apuros últimamente.

—Bueno, basta de sentimentalismos. ¡A trabajar todo el mundo! Y, por cierto, recordadme que hablemos de un ajuste de sueldo al acabar la jornada, no me suena haber revisado el salario en demasiado tiempo y ya toca subirlo. Trabajáis demasiado.

—¿Y dices que es una estirada? —pregunta Micah, sonriendo.

Cora quiere reírse, pero solo consigue soltar un sonido estrangulado entre sollozos.

—¡Era! —rectifica con voz nasal—. ¿Te he dicho ya cuánto te quiero, Cece? Te juro que te devolveré cada centavo cuando…

—¡Shhh! ¡A trabajar se ha dicho!



A las dos de la mañana estoy en el sofá, llorando a moco tendido mientras me llevo una cuchara de helado tras otra a la boca, directamente del envase. No sé qué mierdas les pasa a mis hormonas: un minuto tengo ganas de comerme el mundo y al siguiente que me coma la tierra. Fijo que está a punto de bajarme la regla.

Agarro el mando de la televisión y hago *zapping* distraída. De repente, me encuentro con la MTV, que a estas horas solo retransmite un videoclip tras otro en bucle. Me recuerda a mis tiempos adolescentes, cuando pasarnos la tarde viendo eso era nuestra única forma de entretenernos. Pero ya no soy esa chica. Estoy a punto de cambiar de canal otra vez cuando un nuevo videoclip

aparece en pantalla y un chico con unos espectaculares ojos verdes capta mi atención.

«¿Será posible?».

Me incorporo, acelerada, y me acerco un poco más a la televisión para leer el subtítulo:

«Novedad 2012: Devon Carter: *That girl*».

—¡Hostia puta! ¡Es él! —grito, anonadada.

Me quedo absorta, escuchando atentamente la letra, que habla sobre una chica a la que un joven conoció en un campamento de verano. Un sudor frío me empapa la espalda, y por segunda vez en dos días, los recuerdos de aquel verano regresan.

Verano del 2002

—Te agradezco mucho que te hayas apuntado conmigo, me daba cosa ir sola y no es que sea muy atlética, como pudiste comprobar ayer —me confiesa Minnie.

Es nuestro segundo día oficial de clases en el Campamento White Yarrow y, según el itinerario escogido, nos toca Tiro con arco. La alternativa era escalada con cuerdas, pero como valoro la suavidad de mis manos, ni siquiera me parecía una opción. Giramos la esquina hacia el campo de prácticas y nos encontramos frente a una serie de dianas perfectamente alineadas.

—Me hago pis, son los nervios. Siempre me pasa, pero por lo que veo somos las primeras en llegar, así que voy al baño y vuelvo enseguida, ¿vale? No te muevas de aquí —me pide mi amiga, desapareciendo por donde hemos venido.

¡Cómo si pudiera irme a otro sitio! De tener esa oportunidad a mi alcance, ya estaría en Los Hamptons. Casi puedo imaginarme tostándome bajo el sol o tomándome un refresco superfrío sobre la colchoneta gigante que tenemos en la piscina exterior y…

—¡Vaya, vaya! Nos volvemos a ver. No imaginaba que te encontraría en mi terreno esta vez, aunque ahora que lo pienso tampoco te veo mucho escalando…

La camiseta de monitor lo delata, pero lo reconozco sobre todo por esa mirada de superioridad moral que hace que le brillen los

ojos verdes cuando levanta, orgulloso, el mentón, haciendo que la larga melena castaña se meza lacia y le acaricie el cuello. Es el chico que me ayudó con el equipaje el día que llegué. Es mono, pero ¿a santo de qué lleva esos pelos?

—¿Hoy no estás tan charlatana como el otro día? ¡Oh, déjame adivinar! Estás en pleno síndrome de abstinencia tras un par de días sin poder acceder a tu teléfono móvil.

Le contestaría algo mordaz, pero no me sale. Tiene razón. He intentado usar mi móvil para enviar algún SMS a mis amigos de la ciudad, pero aquí parece que la cobertura se la hayan tragado los árboles. Me muero por ponerme al día con los últimos cotilleos.

—¿Siempre eres tan… ordinario? —Quizá no haya escogido la palabra adecuada, porque el chico se descojona en mi cara—. ¿Acaso te hace gracia cómo hablo? Estoy segura de que a tus superiores les encantará saberlo cuando les informe de tu…, de tu…

¿Por qué no me salen las palabras en presencia de este…?

«¿Pazguato?», apunta mi voz interior.

«Muy buena, pero seguro que el melenas no sabe ni lo que significa la palabra», le contesto.

—Vale, tú ganas —cede él—. Lo siento. Empecemos de nuevo. Soy Devon Carter, vivo en el pueblo, acabo de cumplir dieciocho años y este es mi primer trabajo. Me verás en Arco, Guitarra y Supervivencia y por las tardes cuido de los caballos del establo.

—Cece Ross —añado, siguiéndole el juego—, dieciséis años, esta es mi primera vez en el campamento y gracias a Dios será la última.

—¿Lo dices porque el límite de edad es dieciséis?

—Lo digo porque este lugar es una mierda.

—Vaya, sabes hablar sucio y todo —se ríe, y yo lo miro mal—. *Okey*, lo pillo. Lo siento otra vez, pero es que me lo has puesto a huevo.



Me quedo embobada viendo el final del videoclip, como si el recuerdo se mezclara con el primer plano del cantante. Después de

ese encuentro inicial, y durante el poco tiempo que estuve en el campamento, Devon empezó a gustarme. Y si no recuerdo mal, solo pasé de él porque las chicas me dijeron que no merecía la pena.

Desde entonces intenté mantener las distancias, luego me marché y ya nunca más volví a saber de él. Mientras, el destino se ocupó de seguir su curso y me acercó a Maddox. De haber sabido lo que vendría a continuación, quizá no hubiera hecho caso a mis «amigas».

Bueno, pues resulta que ahora ese chico con pintas de *skater boy* es una superestrella del rock cuya voz encandila a las masas mientras se dedica a aporrear su guitarra y, según me chiva Google, actúa en mi ciudad el próximo sábado.

«Quizá podrías asistir e intentar hablar con él. Por los viejos tiempos», sugiere mi voz interior.

«¿Qué viejos tiempos? Tan solo tuvimos un par de encuentros, más bien encontronazos. Seguro que ni siquiera se acuerda de mí».

Sin embargo, la maldita canción sigue sonando. ¡Y habla de una chica que conoció en un campamento! ¿Y si…?

Sin mirar la hora que es, apago la televisión y me dispongo a llamar a la única persona que puede arrojar luz sobre el asunto.

—Espero que tengas un motivo de peso para despertarme a la una de la madrugada —me advierte Cora descolgando al tercer tono—. Luego no te quejes si no rindo mis horas.

—¡Ay, lo siento! Últimamente mis horarios son un desastre. Te dejo descansar, mañana hablamos, no es nada urgente.

—¡Eso sí que no! No puedes dejarme con la miel en los labios. ¿Ha pasado algo? ¿Es tu ex? Porque si ha vuelto a molestarte…

—No —la corto—. Esta vez Maddox no ha tenido nada que ver, aunque quizá por culpa de aquello acabé cayendo en sus brazos y…

—¿Podrías ser un poco menos críptica, si no te importa? —me interrumpe mi amiga.

—Sí, lo siento, es una tontería, pero es que yo… no sabía que… él…

—¡Cecelia Ross! ¡Al grano, por favor!

Me esfuerzo en resumirle a Cora lo mejor que puedo todo lo que pasó aquel verano de campamento de hace poco más de diez años y lo que acabo de averiguar sobre el *skater boy*.

—¿Me estás diciendo que conociste a Devon Carter y lo dejaste marchar, así como así? —pregunta, elevando la voz una octava.

—Entonces no era famoso. En realidad, acabo de enterarme de que lo es justo ahora. Devon era un simple pueblerino y…

—¡Cece! ¡Lávate esa boquita! Estás hablando de la estrella del momento.

—Perdón, lo que quiero decir es que entonces era solo un trabajador del campamento, un *punk* además y yo era…

—Y tú hacías ballet, ¿verdad? —se ríe—. ¿Cuándo te has tragado a Avril Lavigne?

Suspiro amargamente.

—En fin. He visto que actúa en la ciudad este sábado y había pensado que quizá podríamos ir. Aunque en realidad, ahora que lo pienso, vosotros ya tenéis entrada para otro concierto, ¿no?

—Sí, para SU concierto, de hecho. El de Devon Carter.

—¡No fastidies! ¡Me apunto!

—La cosa es que como no parecías muy interesada, solo pillé dos entradas. Ya te dije que me había topado con un chollo en la reventa. Dudo mucho que a estas alturas puedas encontrar algo. Pero si por un milagro consigues una entrada de pista, podríamos estar juntos.

—¡No me subestimes! Puedo hacerlo y lo haré —aseguro.

—Cece, ¿eres consciente de que, aunque lo consigas, las probabilidades de que tengas la mínima oportunidad de hablar con él son remotas? Y no quiero ser cruel, pero es altamente probable que, por lo que cuentas, no se acuerde de ti.

—Pero soy la chica del campamento, ¡la de la canción! Lo sé. Quizá él sí se fijó en mí después de todo, a lo mejor incluso antes que yo.

—De nuevo siento mucho ser portadora de malas noticias, pero Devon Carter en persona afirmó en una entrevista que la chica en la que estaba inspirada esa canción era su mujer, Lottie. Piénsalo con cabeza, Cece. Él solo tenía dieciocho años cuando lo conociste, era su primer año trabajando allí, seguro que repitió muchos más. ¿Sabes la de chicas que pudieron pasar por las instalaciones después de ti? Por no decir que igual ni siquiera fue una alumna, en realidad es más probable que fuera una compañera de trabajo.

—Eres una auténtica aguafiestas, ¿te lo han dicho alguna vez?

—Solo intento protegerte, ya te han hecho demasiado daño.

—Y te lo agradezco, de veras, pero tengo que ir a ese concierto. Es como si necesitara cerrar cada paréntesis de mi pasado para poder centrarme en mi futuro de una vez.

—¡Muy bien! Pues suerte en la búsqueda entonces, pero que esto no te quite el sueño, ¿vale? No hay cremas antiojeras milagrosas, doña perfecta.

—Ja, ja, muy graciosa. ¡Buenas noches, petarda!

—Cuidado con esa lengua, Cecelia Ross. Cada día te pareces más a una chica de barrio —bromea.

Sonrío y cuelgo, aunque inmediatamente después, mi excitación cae diez escalones. ¿Ha dicho que está casado con una tal Lottie?

«¿Y qué esperabas? No eres el ombligo del mundo, guapa».

Nunca lo he sido para nadie, pero admitirlo no hace que duela menos. Al contrario. Aun así, estoy decidida a ir a ese concierto a toda costa.